ALFAGUARA INFANTIL



Ni un pelo de tonto

Pelayos

ALFAGUARA

© 2000, del texto e ilustraciones: **Pelayos**

© De esta edición:
2005, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Aristía 1444, Providencia
Santiago de Chile

ISBN: 956-239-378-X
Inscripción N° 147.025
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: junio 2005
Octava edición: enero 2011

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia • Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU • Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela •

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Ni un pelo de tonto

COLEGIO ADVENTISTA DE CALAMA
BIBLIOTECA

Pelayos

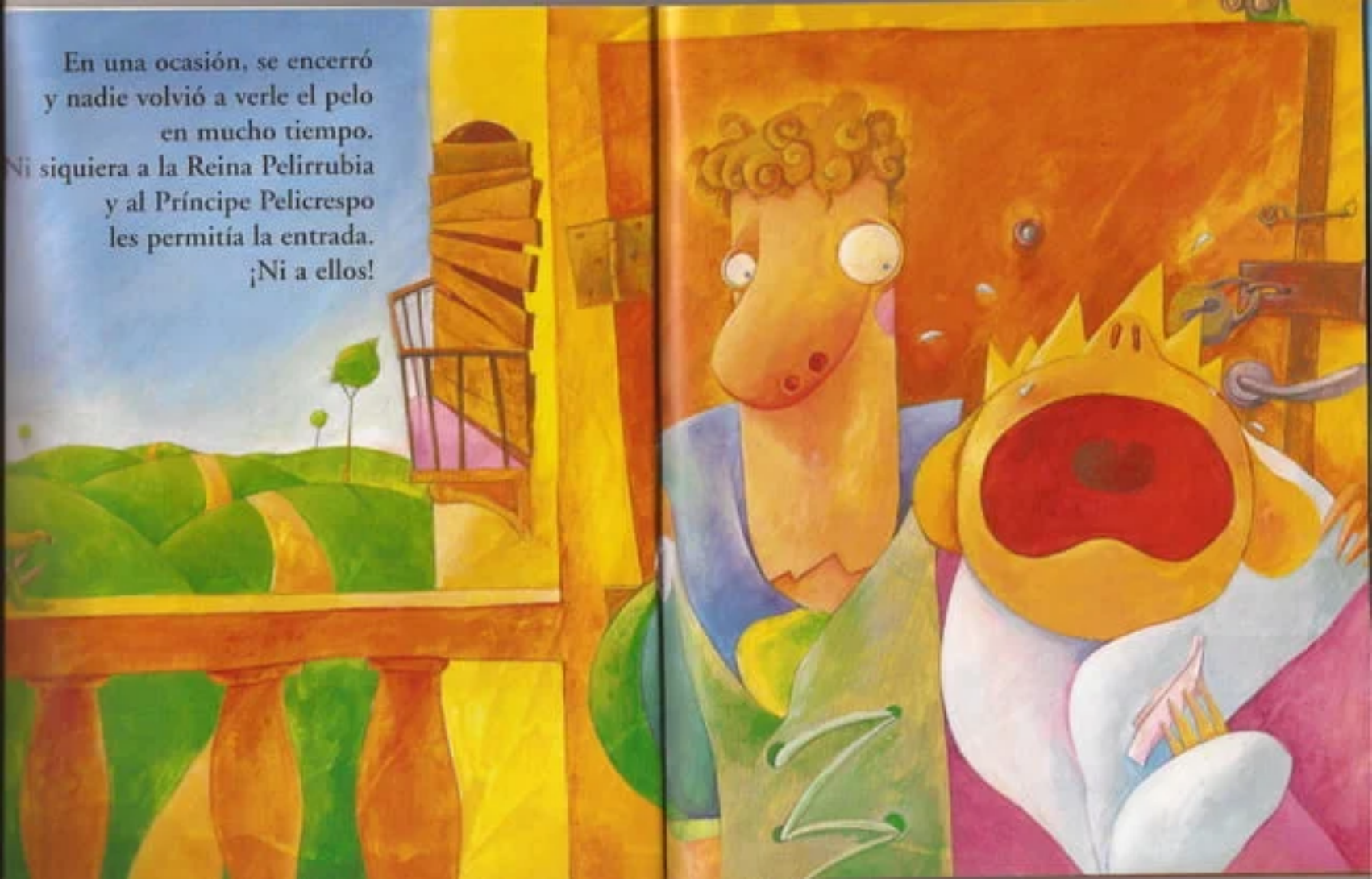


ALFAGUARA
INFANTIL



Pelicarpo III no era
un Rey malo.
Pero era muy presumido.
¡Sí señor!

En una ocasión, se encerró
y nadie volvió a verle el pelo
en mucho tiempo.
Ni siquiera a la Reina Pelirrubia
y al Príncipe Pelicrespo
les permitía la entrada.
¡Ni a ellos!





«Está enfermo de la cabeza»,
murmuraban los pajes.
«Nos está tomando el pelo»,
aseguraba un marqués
con peluquín.



Una mañana, Pelicarpo III se asomó a su balcón y... ¡Oh! ¡Se había dejado crecer el pelo hasta las rodillas!

Ahora, todas las tardes
se paseaba por el jardín
para exhibir sus peinados.
¡Y qué peinados!



Él era feliz porque sus cabellos
seguían creciendo.
Crecían y crecían y crecían.



Cuando se lavaba la cabeza, traían jabón y champú de todas partes, hasta de los Reinos vecinos (anticaspa, por supuesto).



Y un pelotón de sirvientes aseaban la melena de su monarca.

Peinarlo era otro peliagudo problema.





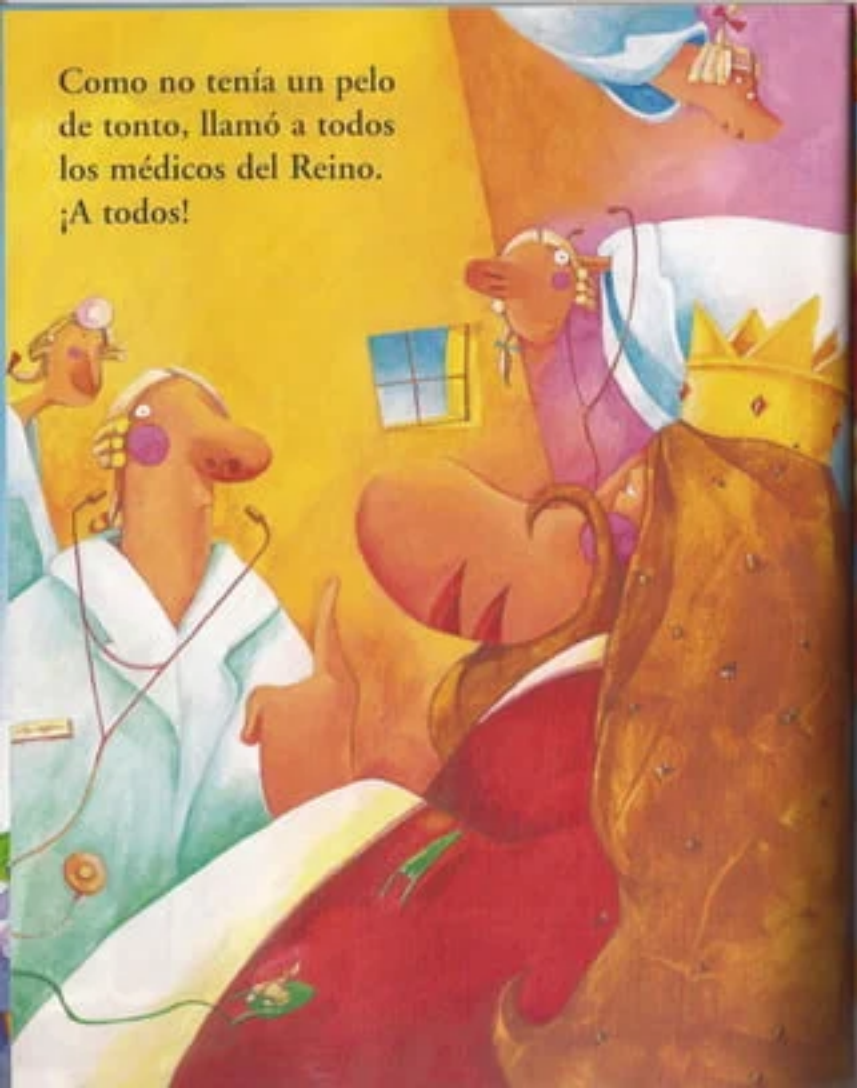
Pero con el invierno llegó
la desdicha. ¡Una nube de piojos
invadió todo el Reino!





Pelicarpo III ni comía
ni dormía. Sólo se
rascaba y se rascaba.
Estaba a un pelito de caer
gravemente enfermo.

Como no tenía un pelo de tonto, llamó a todos los médicos del Reino. ¡A todos!



El diagnóstico fue tajante: ¡Cortarse la pelambre! ¡Pero ya!



Al Rey se le pusieron los pelos de punta.

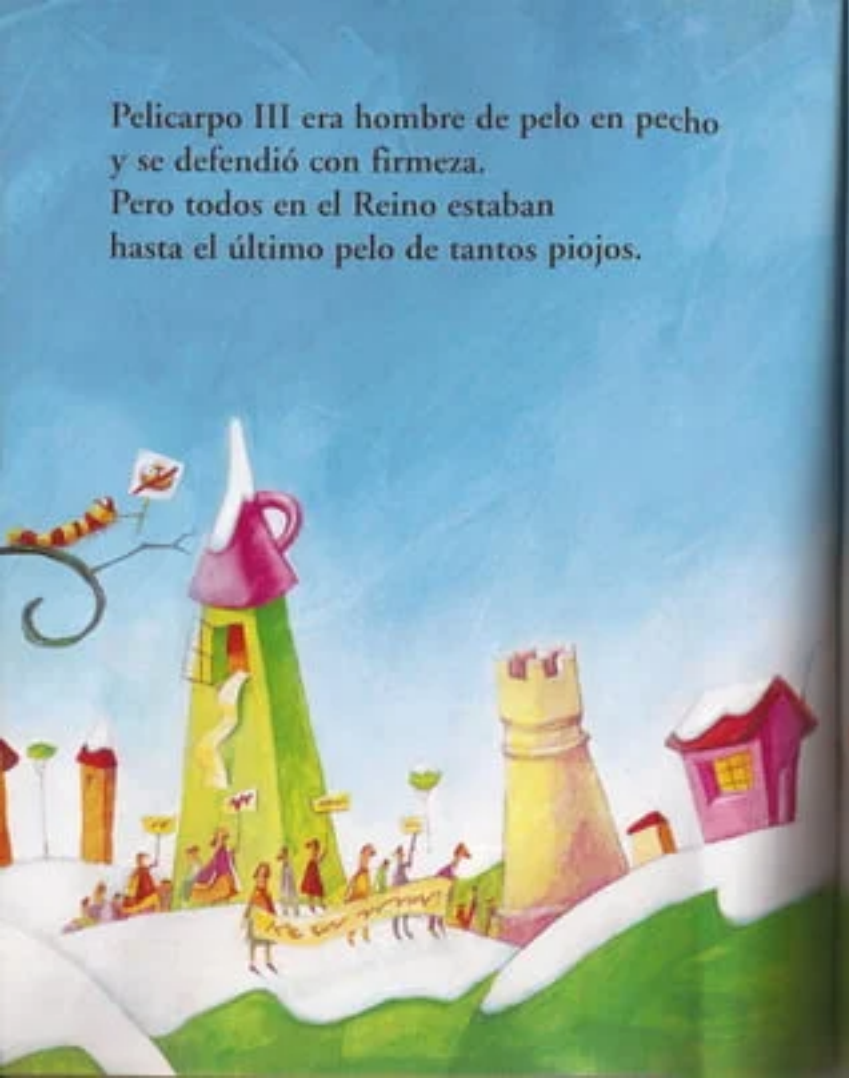
Y como no tenía pelos en la lengua,

a insultos expulsó a los médicos.

Entonces, sus súbditos fueron hasta el palacio para exigirle que, por el bien de todos, se rapara.



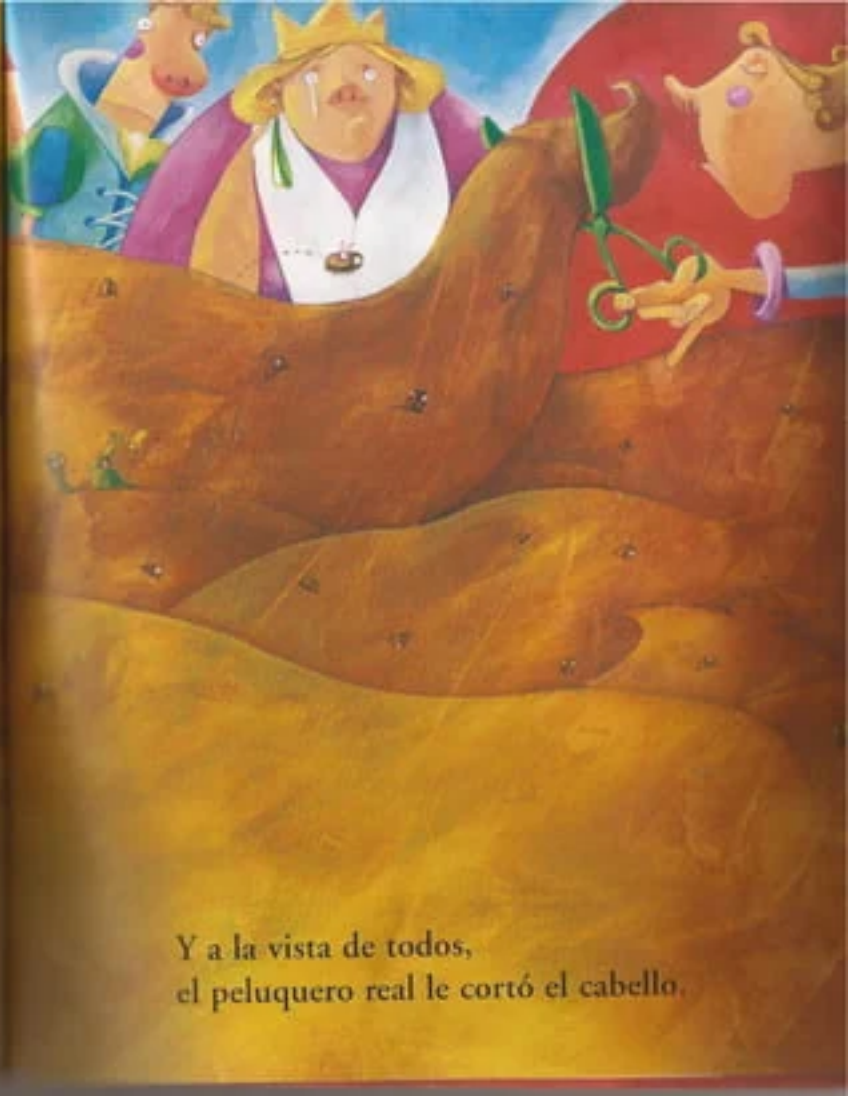
Pelicarpo III era hombre de pelo en pecho
y se defendió con firmeza.
Pero todos en el Reino estaban
hasta el último pelo de tantos piojos.







Entonces, al final se tuvo que rendir.



Y a la vista de todos,
el peluquero real le cortó el cabello.



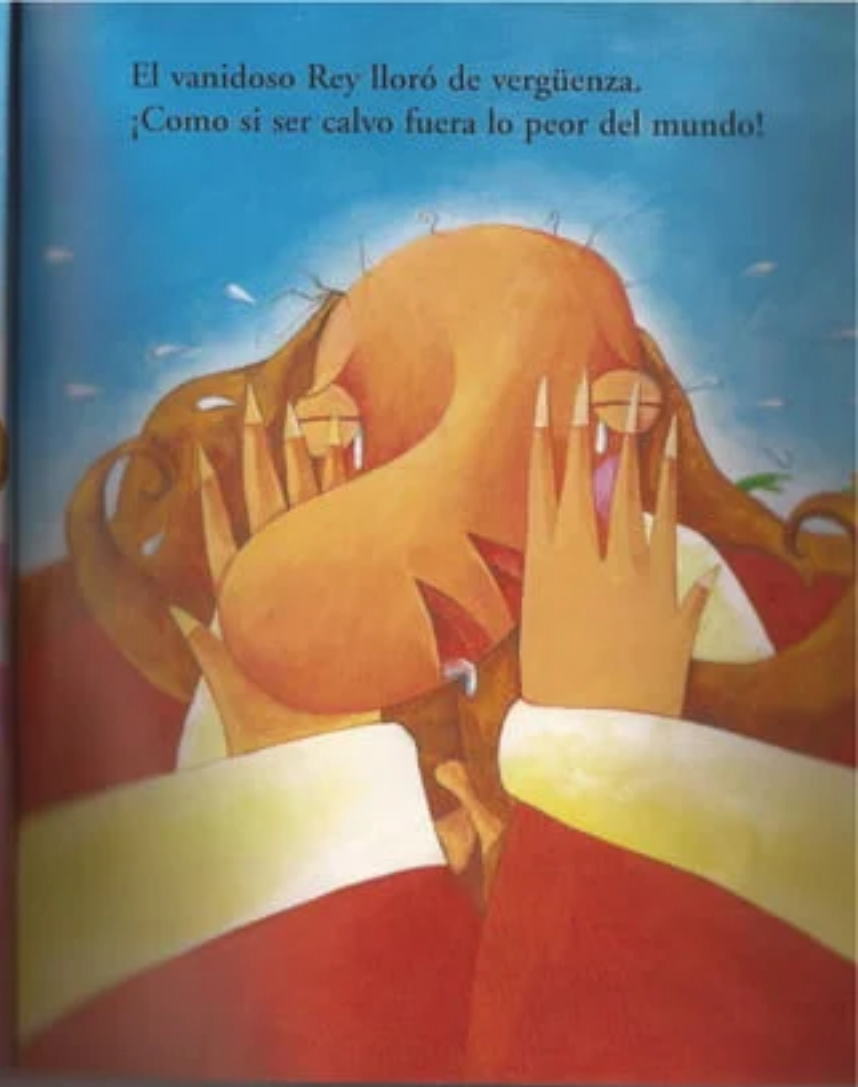
En eso estaban cuando
una ráfaga de viento atravesó el lugar...
¡Y se descubrió todo! ¡Pelicarpo III era pelado!
¡Se dejaba crecer el pelo de encima
de la oreja para ocultar su calvicie!



La gente no pudo aguantar la risa.



El vanidoso Rey lloró de vergüenza.
¡Como si ser calvo fuera lo peor del mundo!



Para animarlo y consolarlo,
todos decidieron afeitarse la cabeza.



¡El regocijo y el bienestar
retornaron al Reino!
Y los piojos, por donde
llegaron se fueron.



Así fue hasta que
el Príncipe Pelicrespo
ocupó el trono.
¡Entonces comenzó
a dejarse crecer
las cejas!...
Pero eso es
otra historia.